

fríos como los que doran las puestas del sol en invierno. Su cabeza, pequeña y aplastada, de aspecto severo, donde el amarillo y el negro estaban armoniosamente mezclados, ofrecía un evidente parecido á la con que los pintores simbolizan el Tiempo, pero vulgarizándolo, porque las costumbres de la vida comercial habían aminorado en él ese carácter monumental y áspero exagerado por los pintores, los estatuarios y los fundidores de relojes de sobremesa. De estatura mediana, Pillereault era más bien rechoncho que gordo; la naturaleza le había formado para el esfuerzo y la longevidad; sus anchuras acusaban una fuerte osamenta, porque era de temperamento seco sin emociones superficiales, pero no sin sensibilidad. Pillereault, poco persuasivo, como lo indicaba su actitud tranquila y su rostro inmóvil, tenía un sentimentalismo interior sin frases ni énfasis. Sus ojos, de pupilas verdes, con puntos negros, eran notables por una persistente brillantez. Su frente, arrugada por surcos rectos y amarillenta por el tiempo, era pequeña, estrecha, dura, cubierta por cabellos de un gris plateado, que siempre llevaba cortos. Su boca, de labios delgados, indicaba la prudencia y no la avaricia. La viveza de la mirada revelaba una vida morigerada. Por último, la honradez, el sentimiento del deber, una verdadera modestia, le servían de aureola, dando á su persona la expresión de una salud perfecta. Durante sesenta años había llevado la vida dura y sobria de un trabajador encarnizado. Su historia se asemejaba á la de César, menos en los acontecimientos felices. De-

pendiente hasta los treinta años, su capital estaba empleado en su comercio, mientras César invertía sus ahorros en papel del Estado; en fin, había sufrido lo que no es decible, sus azadones y sus hierros habían sido denunciados. Su carácter, prudente y reservado, su previsión y reflexión matemáticas habían contribuido á *su manera de trabajar*. La mayor parte de sus negocios se habían llevado á cabo bajo su palabra, y había tenido escasas dificultades. Observador como todas las personas reflexivas, estudiaba á las gentes, dejándolas hablar; solía rechazar con frecuencia proposiciones ventajosas admitidas por sus vecinos, que más tarde se arrepentían, diciendo que á Pillereault los bribones le daban en la nariz; prefería ganancias mínimas y seguras á esos golpes audaces que obligan á comprometer sumas de consideración. Vendía placas de chimenea, parrillas, morillos toscos, calderos de cobre y de hierro, azadones y utensilios de labrador. Esta parte del negocio, bastante molesta, exigía un trabajo mecánico excesivo. La ganancia no estaba en relación con el trabajo, había poco beneficio en estos utensilios pesados, difíciles de mover y de almacenar. Había clavado muchas cajas, había hecho muchos embalajes, había desembalado muchas mercancías y había descargado muchos carros. No puede haber fortuna ganada más noble, ni más legítima, ni más honradamente que la suya. Nunca encareció los artículos valiéndose de las ocasiones, ni corrió tras los negocios. En los últimos tiempos se le veía fumando su pipa delante de su puerta, mi-

rando á los transeúntes y viendo trabajar á sus dependientes. En 1814, época en que se retiró, su fortuna consistía, por de pronto, en setenta mil francos empleados en valores del Estado, que le producían más de cinco mil francos de renta; además tenía unos cuarenta mil francos, pagaderos en cinco años, sin interés, producto de sus existencias vendidas á uno de sus dependientes. Durante treinta años, haciendo anualmente ventas por valor de cien mil francos, había ganado el siete por ciento y gastaba en vivir la mitad de sus ganancias. Tal fué su balance. Sus vecinos, poco envidiosos de su mediocridad, alababan su prudencia sin comprenderla. En la esquina que forman la calle de la Moneda y la de San Honorato se encuentra el café David, adonde algunos viejos comerciantes iban, como Pillereault, por la tarde. Allí, alguna vez la adopción del hijo de la cocinera había sido objeto de algunas bromas, de esas que se dan á un hombre respetable, porque el quincallero inspiraba una estima respetuosa sin haberse esforzado por conseguirla; su correcto proceder le bastó. Así, cuando Pillereault perdió al pobre muchacho, asistieron más de doscientas personas al entierro, y todos le acompañaron hasta el cementerio. En aquella ocasión estuvo heroico. Su dolor, contenido como el de todos los hombres fuertes, sin ostentación, aumentó la simpatía del barrio, por aquel *hombre animoso*, frase dicha por Pillereault con un tono que ampliaba su sentido y lo ennoblecía. La sobriedad de Claudio Pillereault, convertida en costumbre, no

pudo doblegarse á los placeres de una vida ociosa; cuando al dejar el comercio, entró en ese reposo que tanto abate al burgués parisién, continuó su género de vida y animó su vejez con sus convicciones políticas que, dicho sea, eran las de la extrema izquierda. Pillereault pertenecía á ese partido obrero agregado por la Revolución á la burguesía. La única falta de su carácter era la importancia que daba á sus conquistas: estaba orgulloso de sus derechos, de la libertad, frutos de la Revolución; creía su bienestar y su consistencia política comprometidas por los jesuitas, cuyo secreto poder anunciaban los liberales, amenazados por las ideas que *el Constitucional* atribuía á MONSEÑOR. Era, sin embargo, consecuente con su vida, con sus ideas; su política no le inspiraba mezquinas pasiones; nunca injuriaba á sus adversarios, temía á los cortesanos, confiaba en las virtudes republicanas: se imaginaba á Manuel, prudente; al general Foy, grande hombre; á Casimiro Perier, sin ambición; á Lafayette, como un profeta político; á Courier, como hombre bondadoso. Acariciaba nobles quimeras. Aquel honrado viejo sentía el amor de la familia; iba á casa de los Ragon y á casa de su sobrina, á la del juez Popinot, á la de José Lebas y á la de los Matifat. En sus gastos personales no invertía más que mil quinientos francos, comprendidas todas sus necesidades. El resto de sus rentas, lo empleaba en obras caritativas y en regalos para Cesarina; convidaba á comer cuatro veces al año á sus amigos en casa de Roland, calle del

Azar, y los llevaba al teatro. Representaba el papel de los solterones, contra los que las mujeres casadas giran letras á la vista para sus caprichos: un día de campo, la ópera, la montaña rusa. Pillereault era entonces dichoso con el placer que proporcionaba, ensanchando su corazón con las alegrías de todos. Después de haber vendido sus existencias, no había querido abandonar el barrio donde todo le era ya conocido, y tomó en la calle de Bourbonnais una pequeña vivienda con tres habitaciones en un piso cuarto de una casa contigua. De igual modo que las costumbres de Molineux se reflejaban en su extraño mobiliario, la vida pura y sencilla de Pillereault se traslucía en la disposición interior de su casa, compuesta de una antesala, una sala y una alcoba. Por sus dimensiones, era la celda de un cartujo. La antesala, con el suelo rojo y brillante, no tenía más que una ventana adornada con cortinas de percal con guarniciones encarnadas, sillas de caoba y de badana encarnada, con clavos dorados; las paredes, revestidas de papel verde aceitunado y adornadas con *el Juramento de los americanos*, el retrato de Bonaparte, vestido de primer cónsul, y la *Batalla de Austerlitz*. La sala, decorada, sin duda, por el tapicero, tenía muebles amarillos con rosetones, una alfombra; sobre la chimenea, reloj y candelabros en bronce, sin dorar, una pantalla de pie, pintada, una consola, con un florero encerrado en campana de cristal, una mesa redonda cubierta con un tapete, y encima una licorera. El perfecto estado de aquella habitación cla-

ramente indicaba un sacrificio hecho en aras de las costumbres sociales por el viejo quincallero, que tenía visitas rara vez. En su alcoba, sencilla como la de un monje ó de un soldado viejo, — los dos hombres que aprecian mejor la vida — un crucifijo con pila de agua bendita á la cabecera de su cama, atraía los ojos. Esta profesión de fe de un republicano estoico conmovía profundamente. Una vieja iba á hacer la limpieza de la casa, pero como su respeto por las mujeres era tan grande, no le consentía que le embetunara los zapatos, y estaba abonado á un limpiabotas. Su traje era sencillo é invariable. Llevaba de ordinario un redingote y un pantalón de paño azul, un chaleco de Ruan, una corbata blanca y zapato bajo. Los días de fiesta se ponía un frac de botón dorado. Sus costumbres desde que se levantaba, su desayuno, sus salidas, su comida, sus reuniones y su regreso á casa eran caracterizadas por la más escrupulosa exactitud, porque la regularidad en las costumbres hace la vida larga y saludable. Nunca se hablaba de política entre César, los Ragon, el cura Loraux y él, porque las gentes de aquella sociedad se conocían demasiado para no descender al terreno del proselitismo. Como su sobrino y como los Ragon, tenía mucha confianza en Roguin. Para él, un notario de París era siempre venerable, imagen viva de la probidad. En el negocio de los terrenos, Pillereault se había entregado á un contraexamen que motivaba el calor con que César había combatido los presentimientos de su mujer.

El perfumista subió los setenta y ocho escalones que conducían á la puertecita del cuarto de su tío, pensando que el viejo debía sentirse muy joven para subirlos siempre sin quejarse. Vió la levita y el pantalón colgados en la percha de la antesala; la señora Vaillant los cepillaba y frotaba mientras aquel verdadero filósofo, envuelto en una bata de muletón gris, almorzaba junto á la chimenea, leyendo los debates parlamentarios en *el Constitucional* ó en el *Diario del Comercio*.

— Tío, dijo César, el negocio está concluído; van á formalizarse las escrituras; sin embargo, si tenéis algunos temores ó escrúpulos, todavía es tiempo de arrepentiros.

— ¿Por qué he de arrepentirme? El negocio es bueno, aunque de lejana realización, como todos los negocios seguros. Mis cincuenta mil francos están en el Banco; ayer me pagaron los últimos cinco mil francos del traspaso de mi tienda. En cuanto á los Ragon, ponen toda su fortuna.

— Y ¿cómo viven?

— No te preocupes: ¡viven!

— Tío, ya lo comprendo, los ayudáis, dijo Birotteau vivamente conmovido y estrechando las manos del virtuoso viejo.

— ¿Cómo se hará el negocio? preguntó bruscamente Pillereault.

— Yo tomaré tres octavas partes, vos y los Ragon un octavo; y acreditaré vuestra participación en mis libros hasta que se halle resuelta la cuestión de escrituras.

— ¡Bien! muchacho: muy rico debes estar cuando aportas al negocio trescientos mil francos. Creo que arriesgas demasiado en asuntos ajenos á tu industria. ¿No puede comprometer tus negocios esa aventura? Tú sabrás lo que haces. Si te ocurriera una desgracia, las rentas están hoy á ochenta, podría yo vender dos mil francos de consolidado. No lo olvides; si necesitaras recurrir á mí, sería disponer de la fortuna de tu hija, pues todo lo que tengo será para ella.

— ¡Tío! ¡de qué manera tan sencilla expresáis los sentimientos más hermosos! Vuestras palabras me conmueven.

— El general Foy me conmovió de bien distinta manera. En fin, bien está, concluyamos. Los terrenos no pueden escaparse: serán nuestros, aunque haya que esperar seis años; tendremos siempre algún producto; hay allí corrales y talleres que producen alquiler; no se puede perder nada. No hay más que un peligro, y lo considero imposible: Roguin no se alzaría con nuestros fondos...

— Sin embargo, mi mujer me lo decía esta noche; teme..

— ¿Llevarse Roguin nuestro dinero? dijo Pillereault riendo. ¿Y por qué?

— Ella supone que tiene muchos devaneos, y, como todos los hombres que no pueden agradar á las mujeres, está rabiando por...

Después de haber dejado escapar una sonrisa de incredulidad, Pillereault fué á cortar una hoja de un cuaderno, escribió la cantidad y firmó.

— Toma: ahí va un cheque de cien mil francos contra el Banco, por la parte de Ragon y la mía. Esas pobres gentes han vendido al canallita de Tillet sus quince acciones de las minas Wortschin para completar la cantidad. ¡Ver en la desgracia personas tan buenas, oprime el corazón! ¡personas tan dignas, tan nobles, la flor de la antigua burguesía! Su hermano Popinot, el juez, no sabe nada de esto; le ocultan este asunto. Comerciantes que han trabajado como yo durante treinta años...

— Quiera Dios que el *aceite comagino* dé resultado, exclamó Birotteau, esto me haría doblemente feliz. Adiós, tío; iréis á comer el domingo á mi casa con los de Ragon, Roguin y el señor Claparon, porque lo firmaremos todo pasado mañana; mañana es viernes, no quiero hacer negocios en...

— ¿Tú, haciendo caso de supersticiones?

— Tío, no creeré jamás que el día en que el Hijo de Dios padeció la muerte por los hombres sea un día dichoso.

— Hasta el domingo, dijo bruscamente Pillereault.

— Si no fuese por sus ideas políticas, pensó Birotteau bajando la escalera, no se hallaría otro hombre tan bueno como mi tío. ¿Por qué le preocupará la política? ¡Estaría tan bien si no pensara nunca en ella! Su obcecación demuestra que no es un hombre perfecto... Las tres ya, dijo César entrando en su casa.

— Señor, ¿tomáis estos valores? le preguntó Celestino enseñándole los pagarés del vendedor de paraguas.

— Sí; al seis por ciento sin comisión... Mujercita mía, prepáralo todo para vestirme, voy á casa del señor Vauquelin, ya sabes para qué. Una corbata blanca sobre todo.

Birotteau dió algunas órdenes á sus dependientes; no vió á Popinot; comprendió que su futuro socio se estaba vistiendo, y subió en seguida á su cuarto, donde encontró la *Virgen* de Dresde, con su magnífico marco, según había encargado.

— Mira qué grabado tan bonito, dijo á su hija.

— Pero, papá, no digas que es bonito; di, si acaso, que es bueno, porque si no, se reirán de ti.

— ¡Una hija que riñe á su padre!... Te diré... me gusta más *Hero y Leandro*. La *Virgen* es un asunto religioso muy propio de una capilla; pero *Hero y Leandro*, ¡ah! lo compraré, porque me sugirió la idea del aceite...

— Papá, no te comprendo.

— ¡Virginia, un coche! gritó César con voz fuerte, cuando se hubo afeitado y cuando apareció el tímido Popinot esforzándose para cojear lo menos posible en presencia de Cesarina.

El enamorado no había notado aún que la muchacha no veía ya su cojera. Deliciosa prueba de amor que solamente las personas á quienes la desgracia condena á padecer un defecto físico pueden experimentar.

— Señor, dijo, la prensa podrá funcionar mañana.

— ¿Qué te pasa, Popinot? preguntó César, al ver lo encarnado que se puso Anselmo.

— Señor, es la satisfacción de haber encontrado una tienda con trastienda, cocina, habitaciones arriba y almacenes, por mil doscientos francos al año, en la calle de los Cinco Diamantes.

— Es menester procurarse un arrendamiento por diez y ocho años, dijo Birotteau. Pero vamos á casa del señor Vauquelin, charlaremos por el camino.

César y Popinot subieron al coche á la vista de los dependientes, asombrados por los exorbitantes lujos y la presencia anormal de un coche, ignorantes como estaban de los grandes proyectos concebidos por el dueño de la *Reina de las Rosas*.

— ¡Vamos á ver lo que darán de sí las avellanas, dijo el perfumista.

— ¿Las avellanas? preguntó Popinot.

— Ya sabes mi secreto, Popinot, dijo el perfumista; he soltado la palabra *avellanas*, todo consiste en eso. El aceite de avellana es el único que actúa sobre el cabello; á ningún perfumista se le ha ocurrido. Al ver el grabado de *Hero y Leandro*, dije para mí: « Si los clásicos usaban tanto el aceite para sus cabellos, alguna razón tendrían »; ¡porque los clásicos, son los clásicos! A pesar de las pretensiones modernas, soy de la opinión de Boileau acerca de los clásicos. Partiendo de este punto, he llegado al aceite de avellanas, gracias al joven Bianchon, estudiante de medicina, tu pariente; me dijo que sus compañeros usaban el aceite de avellanas para activar el crecimiento de sus bigotes y patillas. Sólo nos falta la aprobación del ilustre Vauquelin. Guiados por él, no engañaremos al público. Hace

poco estuve en el mercado, en el establecimiento de una vendedora de avellanas, para comprar la primera materia; dentro de un instante llegaré á la casa de uno de los más ilustres sabios de Francia para obtener la quinta esencia. Los proverbios son verdaderos: los extremos se tocan. Mira, muchacho, el comercio es el intermediario entre las producciones vegetales y la ciencia. Angélica Madou acapara el fruto, el señor Vauquelin extrae la esencia, y nosotros la vendemos. Las avellanas cuestan á veinte céntimos la libra; el señor Vauquelin centuplicará su valor, y nosotros prestaremos tal vez un servicio á la humanidad, porque, si bien la vanidad es causa de grandes tormentos para el hombre, un buen cosmético resulta un beneficio.

La religiosa admiración con que Popinot escuchaba al padre de Cesarina estimuló la elocuencia de Birotteau, que se permitió las frases más bárbaras que puede inventar un burgués:

— Procura mostrarte muy respetuoso, Anselmo, dijo al embocar la calle donde vivía Vauquelin; vamos á penetrar en el santuario de la ciencia. Coloca la *Virgen* donde se vea bien, sin afectación, en el comedor, sobre una silla. ¡Mientras no me trabuque y diga lo que quiero decir! exclamó ingenuamente Birotteau. Popinot, ese hombre me produce una impresión química, su voz me da calor en las entrañas y me aligera las funciones digestivas á punto de ponerme en un aprieto. Es mi bienhechor, y dentro de algunos instantes, Anselmo, será también el tuyo.

Estas palabras produjeron frío á Popinot, que andaba como si fuera pisando huevos, y miró con aire tranquilo las paredes. El señor Vauquelin estaba en su gabinete cuando le anunciaron á Birotteau. El académico recibió inmediatamente al perfumista y teniente de alcalde, por el que sentía verdadera estimación.

— ¿No me olvidáis en vuestras prosperidades? dijo el sabio; pero de químico á perfumista no háy mucha distancia.

— ¡Ay señor! entre vuestro gran talento y la sencillez de un hombre como yo, hay una distancia inmensa. Os debo lo que llamáis mis prosperidades, y no lo olvidaré ni en este mundo ni en el otro.

— ¡Oh! en el otro, dicen que seremos todos iguales, los reyes y los zapateros.

— Sí, los reyes y los zapateros que hayan vivido santamente, observó Birotteau.

— ¿Es vuestro hijo? preguntó Vauquelin, mirando al joven Popinot, el cual estaba absorto no descubriendo nada extraordinario en el gabinete donde creía encontrar monstruosidades, máquinas gigantes, metales voladores y substancias animadas.

— No, señor, es un joven á quien estimo, y que viene á implorar la bondad generosa de vuestro talento; ¿no es infinita? dijo con expresión muy cortés. Venimos á consultaros de nuevo, después de diez y seis años, sobre un asunto importante acerca del cual estoy ignorante como perfumista.

— Sepamos de qué se trata.

— El estudio de los cabellos ocupa vuestras vi-

galias, y os consagraís á su análisis. Mientras que vos pensáis en ello por la gloria, yo pienso en ello por el comercio.

— Querido señor Birotteau, ¿qué deseáis de mí? ¿El análisis de los cabellos?

Cogió un papelito.

— Voy á leer en la Academia de Ciencias una Memoria sobre este asunto. Los cabellos están formados por una cantidad bastante grande de mucosidades, una pequeña cantidad de aceite blanco, mucho aceite negro verdoso, hierro, algunos átomos de óxido, manganeso, fosfato de cal, una pequeñísima parte de carbonato de cal, sílice y mucho azufre. Las diferentes proporciones de estas materias constituyen la distinta coloración de los cabellos. Así, los rojos tienen mucho más aceite negro verdoso que los demás.

César y Popinot abrieron los ojos tan desmesuradamente que causaban risa.

— ¡Nueve cosas! exclamó Birotteau. ¡Cómo! ¿se encuentran en un pelo metales y aceites? Es menester que seáis vos, un hombre á quien venero, quien me lo dice, para que yo lo crea. Es una cosa extraordinaria... Dios es omnipotente, señor Vauquelin.

— El cabello está producido por un órgano foliular, prosiguió el gran químico, una especie de tubo abierto por sus dos extremidades; comunica por una con los nervios y los vasos, por la otra sale el pelo. Según algunos de nuestros sabios compañeros, y entre ellos el señor de Blainville, el ca-

bello sería una secreción muerta, expulsada del tubo ó cripta que contiene una materia bulbosa.

— Es, como si dijéramos, el sudor en barras, exclamó Popinot, á quien el perfumista dió un pequeño puntapié en el talón.

Vauquelin sonrió al oír la ocurrencia de Popinot.

— Hay recursos, ¿no es verdad? dijo entonces César mirando á Popinot. Pero si los cabellos nacen muertos, es imposible hacerlos vivir; ¡estamos perdidos! el prospecto es absurdo; no sabéis lo extravagante que es el público; no se le puede decir...

— Que tiene un estercolero en la cabeza, dijo Popinot, queriendo hacer reír de nuevo á Vauquelin.

— Catacumbas aéreas, añadió el químico siguiendo la broma.

— ¡Y mis avellanas que están compradas ya! exclamó Birotteau, sensible á la pérdida comercial. ¿Pero por qué venden esos...?

— Tranquilizaos, dijo Vauquelin sonriendo; veo que se trata de un secreto para impedir que se caiga ó que encanezca el pelo. Escuchadme, ahí tenéis mi opinión acerca del asunto después de los estudios realizados.

Popinot aguzó los oídos como una liebre espantada.

— La decoloración de esa sustancia muerta ó viva es, á mi juicio, producida por la interrupción de la secreción de las materias colorantes, y esto explicaría por qué motivo, en los climas fríos, el pelo de algunos animales palidece y blanquea durante el invierno.

— ¡Oh! Popinot.

— Es evidente, prosiguió Vauquelin, que la alteración de las cabelleras es debida á los cambios súbitos en la temperatura del ambiente...

— ¡Ambiente, Popinot, fíjate, fíjate! exclamó César.

— Sí, dijo Vauquelin, al frío y al calor alternativos, ó á fenómenos interiores que producen el mismo efecto. Así, probablemente, las jaquecas y las afecciones cefalálgicas absorben, consumen ó desvían los fluidos generadores. Lo interior incumbe á los médicos. En cuanto á lo exterior, corresponde á vuestros cosméticos.

— Señor, me volvéis la vida. He soñado con vender aceite de avellanas, pensando que los antiguos hacían uso del aceite para los cabellos, y los clásicos son los clásicos, soy de la opinión de Boileau. ¿Por qué los atletas se ungián...?

— El aceite de oliva tiene la misma virtud que el de avellanas, dijo Vauquelin, que no escuchaba á Birotteau; todo aceite es bueno para preservar la bulba de las impresiones perjudiciales á las sustancias que contribuyen á su formación. Acaso acertéis: el aceite de avellanas, según me ha dicho Dupuytren, contiene un estimulante. Trataré de conocer la diferencia que existe entre los aceites de hayuco, de colza, de oliva, de nuez, etc.

— No me he equivocado, dijo Birotteau con regocijo; he tropezado con un grande hombre. ¡Macassar está hundido! Macassar, señor, es un cosmético afortunado, que se vende mucho y á buen precio, para hacer salir el pelo.



— Querido señor Birotteau, dijo Vauquelin, no han venido dos onzas de aceite de Macassar á Europa. El aceite de Macassar no puede influir en el crecimiento del pelo; pero lo conserva, y por esta causa los malayos lo compran á peso de oro ignorando que el aceite de ballena es mejor aún. Ningún poder, ni químico ni sobrenatural...

— ¡Oh! sobrenatural... No digáis eso, señor Vauquelin.

— Pero, señor, la primera ley que Dios impone es la de ser consecuente consigo mismo: sin unidad no hay fuerza...

— ¡Ah! viéndolo así...

— No hay poder alguno capaz de producir cabellos en una calva; y hay peligro siempre que se tiñen los cabellos rojos ó los blancos; pero, aconsejando el uso del aceite, no cometeréis ningún error, ninguna mentira, y hasta creo que podrán conservar sus cabellos cuantos sigan vuestro consejo.

— ¿Creéis que la Real Academia de Ciencias aprobaría...?

— ¡Oh! no hay en cuanto hablamos el menor descubrimiento, dijo Vauquelin. Pero los charlatanes han abusado tanto del nombre de la Academia, que ya nada significa su aprobación. Mi conciencia se resiste á considerar el aceite de avellanas como un prodigio.

— ¿Cuál sería la mejor manera de extraerlo, por el calor ó por la presión? dijo Birotteau.

— Por la presión entre dos planchas calientes, la cantidad de aceite será mayor, pero obtenido por

la presión entre dos planchas frías, será de mejor calidad. Para usarlo, dijo Vauquelin con bondad, hace falta untarse la piel suavemente y no frostar los cabellos; de otro modo, no surtiría buen efecto.

— Recuerda bien esto, Popinot, dijo Birotteau con un entusiasmo que inflamó su cara. Ved, señor, á un joven que contará este día entre los más dichosos de su existencia. Os conocía, os veneraba sin haberos visto. ¡Ah! con frecuencia hablamos de vos en mi casa; el nombre que está siempre en los corazones se sube á los labios. Mi mujer, mi hija y yo rezamos todos los días, para que Dios conserve á nuestro bienhechor.

— No hay para tanto, dijo Vauquelin, molesto por la verbosidad del agradecido perfumista.

— ¡Ta, ta, ta! dijo Birotteau. No podéis impedirnos que os veneremos, aunque no aceptéis nada nuestro. Sois como el sol, arrojáis vuestra luz, y aquellos á quienes ilumináis no pueden ofreceros nada en cambio.

El sabio sonrió, y se levantó; el perfumista y Popinot se levantaron también.

— Mira, Anselmo, mira bien ese gabinete. Con vuestro permiso, señor. Como vuestros instantes son tan preciosos, éste no volverá seguramente aquí, por no estorbaros.

— ¿Estáis contento de los negocios? dijo Vauquelin á Birotteau. Porque, al fin y al cabo, todos somos comerciantes.

— Bastante bien, señor, dijo, retirándose hacia